Carmen Mola



Los Huérfanos

Planeta

Belfast, 2004-2015

—Me haces cosquillas con la nariz.

La primera vez que lo escuchó, Trevor Strummer no supo interpretar si se trataba de un elogio o de una recriminación. Como tampoco pudo prever que esas palabras le iban a perseguir el resto de su vida, que serían como la combinación de una caja fuerte en la que habitaban sus peores demonios.

—Me haces cosquillas con la nariz.

¿Puede una frase, en apariencia inocente, tener ese poder devastador?

La verdadera pesadilla para Strummer no empezó el día de su ingreso en el orfanato de Rubane House, sino cuando cumplió once años y un chico rubio llamado Fergus, que ya tenía quince, abandonó la institución para trabajar en una lechería en Omaha. Hasta ese día, Fergus había sido el favorito del padre Boyle. Durante los años siguientes, ese honor recaería en Trevor Strummer.

El mismo día que Fergus se marchó, el padre Boyle fue a buscarlo a las duchas. Sin darle la oportunidad de vestirse, todavía mojado, lo arrastró hasta las escaleras que bajaban al sótano, le tiró una toalla para que se cubriera y lo dejó allí encerrado durante horas, o al menos eso le pareció a Strummer. Las ratas correteaban a su alrededor, la humedad del sótano de Rubane House lo aterría de frío, de miedo y de soledad.

Allí abajo no podía protegerlo Liam Burke, que tenía la misma edad que él, pero era mucho más alto y hasta los mayores lo respetaban. Tampoco Chris Griffin, el primer interno que le mostró algo de afecto cuando todos se burlaban de su falta de dientes y del peculiar silbido que se le escapaba por el hueco que deberían ocupar los incisivos superiores.

Los tres habían ido a parar al orfanato de Rubane House, en Kircubbin, un edificio aislado en la orilla de la ensenada de Strangford, cuando eran solo unos niños. Trevor Strummer y Chris Griffin llegaron el mismo día, tenían solo seis años, pero su vida ya había sido más difícil que la de la mayoría de los adultos y lo que tenían por delante sería aún peor; cómo no sentir miedo entre esas paredes desangeladas de piedra, con esos techos altos y un pelotón de internos que los insultaban, que se burlaban y amenazaban con pegarles. Cada día, cada minuto, cada segundo parecía que iba a ser el momento de la paliza. No estuvieron a salvo hasta que Liam Burke, ese corpulento niño con el pelo rojo y alborotado como una hoguera, los acogió bajo su ala.

—Si no os hacéis respetar, os van a aplastar. Tarde o temprano, vendrán a por vosotros. Son más y tienen más fuerza, por eso tenéis que ser los primeros en atacar, cualquier excusa vale. Y hacedlo como bestias con el que se os acerque, como si fuerais unos putos locos, para que los demás os tengan tanto miedo que no se atrevan a intentarlo.

Esa noche tuvo la oportunidad de demostrar que no hablaba en broma. Un chico de doce años, el doble de grande que ellos, le había robado una manzana. Burke fue a buscarlo a su cama mientras dormía y le cortó con una cuchilla las comisuras de la boca.

—Le he dejado sonrisa de payaso. —Se burló—. Va a dar gusto verlo comer sopa.

Nunca más le robaron nada a Liam Burke. Tampoco a sus dos amigos.

Trevor Strummer se sentía seguro a su lado, pero en el sótano de Rubane House no podía contar con él. Nadie se atrevía a tocarle un pelo al padre Boyle, era el amo de ese lugar, solo con chasquear los dedos podía acabar de un plumazo con los tres. Estaba abandonado a su suerte, sin más compañía que la de las ratas que lo observaban desde las sombras. El único consuelo era recordar las palabras de Burke: «No voy a aguantar mucho más aquí, me voy a escapar. El que quiera que venga». Resultaba imposible no seguir a esa antorcha de pelo rojo, siempre tan confiado en sí mismo y en que los tres merecían un futuro mejor.

Oyó los pasos del sacerdote bajando las escaleras y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Se obligó a pensar en ese futuro espléndido con sus hermanos, porque así llamaba a Griffin y a Burke, sus dos hermanos huérfanos. El padre Boyle abrió la puerta, y el chirrido resonó contra las paredes desnudas. Su silueta de buitre se acercó en un silencio irreal. Le levantó la barbilla para que escuchara bien qué esperaba de él.

—Lo mismo que me hacía Fergus. Ni más ni menos. Esa es la misión para la que Dios te ha elegido.

Strummer sabía que era inútil resistirse. Se puso de rodillas y el cura se abrió la bragueta del pantalón. Le introdujo el pene flácido en la boca y el niño intentó dibujar los contornos de la vida que le esperaba con Burke y Griffin fuera del orfanato, una vida de aventuras, de lujos y juegos, de risas y de travesías por el océano.

—Me haces cosquillas con la nariz —le dijo el padre Boyle, y esa sería la frase que anunciaba la tortura y que escucharía con demasiada frecuencia.

Una vez, dos a la semana. Tres veces durante algunas temporadas. Fueron meses que se convirtieron en años.

No solía penetrarlo. Prefería la boca de Strummer, y él advirtió desde el primer día que era imposible limpiarla del sabor agrio del semen. La rabia y el odio fueron aprisionándolo y lo convirtieron en un niño callado, porque detestaba su propia boca sin dientes, porque se sentía estúpido cuando, al hablar, se le escapaba ese

chiflido que sonaba como una tetera hirviendo. Al regresar del sótano, Chris Griffin abandonaba los libros que tanto le gustaban y lo arropaba con una manta; Liam Burke apretaba los puños y juraba venganza, le repetía que el padre Boyle tendría que pagar por el daño que le estaba haciendo a su hermano, y luego lo abrazaba hasta que Trevor Strummer dejaba de llorar.

Todos veían su sufrimiento, su humillación, pero no veían la rabia que estaba bullendo en su interior, como en una olla a presión. No llegó a explotar porque, el día que cumplía dieciséis años, Liam Burke anunció sus planes:

—Esta noche nos vamos de aquí. A la una os quiero despiertos, vestidos y con lo que os queráis llevar en la mochila. Es nuestro último día en este pozo de mierda de Rubane House. Jurad que no dejaréis a ninguno atrás. Somos una familia, y si hay que dar la vida por uno de los hermanos, se da.

Las pupilas de Griffin y de Strummer brillaron de vértigo, de ilusión y de miedo.

Belfast, 2015-2020

Los primeros tiempos en Belfast no fueron fáciles. Querían parecer chicos duros de la calle, pero fuera de Rubane House no eran más que tres niños que la mayoría de los días se iban a dormir a algún portal sin haberse echado un poco de comida a la boca. Como siempre, fue Burke quien decidió que las cosas debían cambiar. Entraron en una tienda de comestibles como tres animales salvajes, exigiendo el dinero de la caja. Una señora delgaducha y encorajinada los llamó hijos de puta, les escupió y los amenazó con un palo que guardaba bajo el mostrador. Griffin intentó hacerla entrar en razón: no merecía la pena resistirse, era más fácil entregar las libras que tuviera. Burke no pensaba marcharse con las manos vacías y, a falta de dinero, empezó a coger todo lo que encontró en los estantes. Al menos tendrían algo para la cena. Strummer miró a la señora desde

su metro cincuenta y, de repente, explotó: saltó sobre el mostrador y agarró a la mujer de la cabeza. Ella no tuvo tiempo de defenderse y cayó al suelo por la embestida de esa pequeña bestia, y él le arrebató el palo. La golpeó en el estómago; en los brazos, con los que ella trataba de protegerse la cara hasta que ya no pudo más; en la nariz. Se la partió y la sangre brotó como un volcán, pero ni siquiera eso lo detuvo. Siguió golpeándola, aunque la señora ya no se defendía. Si Burke no llega a intervenir, la habría matado.

Ese día, descubrió que había algo adictivo en el hecho de liberar toda su rabia, en la violencia, en sacudir a ese bulto con el palo hasta que le dolían los brazos, en los borbotones de sangre que regaban el rostro de la mujer y le manchaban las manos. El niño tímido, el que sufría en silencio las vejaciones del padre Boyle, se había convertido en un salvaje.

Comenzaron a vivir mejor, por los robos y porque Chris Griffin animó a Burke a menudear con heroína. Con los contactos apropiados, era un negocio mucho más rentable. Dormían en hostales y comían estofado y pastel de riñones con cerveza. Alquilaron una casa en el barrio de Shankill Road. Griffin encargó un traje a medida en una sastrería de Victoria Square y ya nunca dejó de vestir como un dandi. Habían formado una sociedad en la que cada uno tenía claro su rol: Burke era el líder; Griffin, el cerebro en la sombra; Strummer, el perro de presa.

La ciudad ya no les resultaba tan hostil, la gente los respetaba. Una tarde descubrieron The Left Hand, un pub con buen ambiente, y empezaron a frecuentarlo. Fue allí donde vieron aparecer a una pelirroja risueña que tragaba cerveza como el que más. A Strummer y Burke no les pasó desapercibido cómo su hermano Griffin la miraba tan fascinado como si hubiera visto pasar un cometa. Rompió su timidez y la invitó a una partida de dardos. A pesar de que Amber, así se llamaba la pelirroja, llevaba varios litros encima, hizo todos sus lanzamientos con la precisión de un francotirador. Era una chica preciosa y alegre, hacía reír a Griffin, le quitaba la pátina de seriedad con la que andaba por el mundo, siempre ha-

blando de esos libros que leía, de sus planes de estudios y de aprender idiomas, como si fuera un intelectual y no un delincuente de poca monta en los barrios bajos de Belfast. Se hicieron novios, pero eso no lo alejó de sus amigos; el juramento que habían hecho en el orfanato, dar la vida por los demás si era necesario, estaba por encima de todo: de los amoríos de Griffin, de los estallidos de violencia de Strummer, de la detención de Burke con casi medio kilo de heroína encima... De una sentencia firme de siete años de cárcel que cayó sobre los huérfanos como un jarro de agua fría.

¿Cómo podrían salir adelante sin Liam Burke? Aunque Griffin fuera capaz de diseñar las estrategias para ganar dinero, necesitaba las habilidades sociales de Burke para hacerlas realidad. Sin él, tampoco sería capaz de contener a Strummer: desde aquella paliza a la señora de la tienda de comestibles, era raro el día que no terminaba en un altercado.

No fueron años fáciles. Para ganarse la vida, se arrimaban a los peores trabajos: lo mismo llevaban unos gramos de coca a la fiesta de una mansión de Malone Road, que tomaban nota de las apuestas ilegales del hipódromo de Downpatrick o de los combates de boxeo sin reglas en un gimnasio clandestino de Donegall Quay.

De vez en cuando, visitaban a Liam en la cárcel de Kilmainham. En la última visita, cinco años después de su detención, su amigo, más delgado y con la mirada más dura que nunca, les dijo que, según su abogado, lo iban a soltar enseguida porque ya había cumplido dos tercios de su condena y le aplicarían la reducción por buena conducta.

—Es la ventaja de portarse bien.

Griffin y Strummer se alegraron de que el reencuentro de los tres huérfanos estuviera tan cerca.

—Pero no quiero volver a la mierda de vida que llevábamos —dijo con firmeza—. Ya os contaré más cuando estemos en el pub, con una pinta de por medio.

Griffin hace un gesto al camarero de The Left Hand para que les sirva otra ronda. No sabe cuántas puede llevar Amber, con la mitad él ya habría caído inconsciente, pero ella sigue paseando por el pub ligera y afilada como un cuchillo. Por fin llega el momento. La puerta se abre de un fuerte embate. Es Burke quien entra, y de pronto es como si no hubieran transcurrido los años. Todo vuelve, los abrazos, las viejas bromas, la camaradería y, por supuesto, la pinta de Harp en las manos de ese hombre que bebe con ansiedad, como si quisiera recuperar cuanto antes el tiempo perdido.

Cuando pasan los efluvios del reencuentro, de la puesta al día —Griffin le enseña su recién ganado título de graduado en Económicas en la universidad, Strummer le cuenta sus correrías con Emiliano, un mexicano con el que ha dado algún que otro golpe—, se sientan a una mesa colocada en un rincón.

—Ya está bien de este asco de vida entre drogas y palos de poca monta. Yo no quiero volver a pisar la cárcel —les anuncia Burke—. Ahora vamos a jugar a lo grande. Vamos a irnos con los que ganan dinero de verdad. Con los que mueven la mercancía sin tocarla. Esos no van a la cárcel nunca. No se ensucian.

—¿Y dónde están esos cabrones, en Malone Road?

—No están en Belfast, Trevor. Están tumbados al sol en España, se follan a todo lo que se mueve y hacen caja. ¿Habéis oído hablar de Marbella?

Burke les describe esa ciudad andaluza y les cuenta cómo los jefes de las mafias más importantes se han instalado allí.

—Me he hecho amigo de un colombiano en Kilmainham. Me contó cómo funciona el negocio y me dio los contactos que necesitamos. Hasta he aprendido algunas cosas en español: dame una cerveza, hijo de puta, cabrón, cómeme la polla.

—Por... ¿cómo se llamaba ese pueblo? —dice Griffin levantando su pinta.

Burke se inclina hacia Strummer, que silba a través de su boca mellada.

—¿Qué te pasa? ¿No tienes ganas de venirte al sur y follarte a un buen montón de toreros en Marbella?

—¿Marbella, toreros? Suena bien… ¿Cuándo?

—Pronto. En un mes.

Strummer levanta su pinta. Brinda por ese futuro en España, pero no les cuenta que hay algo que debe resolver antes de marcharse de Irlanda.

—Voy a estar unos días fuera de Belfast —dice a sus hermanos—. En cuanto vuelva, hacemos las putas maletas. A follar toreros.

Llevar al padre Boyle al sótano ha sido más fácil de lo que pensaba, el hombre que tanto terror le causaba de niño se ha convertido en un anciano débil y de carnes fofas, ni rastro del buitre que a veces creía ver cuando su silueta se dibujaba en el umbral. Le ha puesto una inyección con una dosis muy baja de midazolam mientras dormía, para que su sueño fuera aún más profundo. Una vez en el sótano, le cuesta despertarlo, pero quiere que el viejo sea consciente de lo que le va a ocurrir. Satisfecho, lo observa en la silla en la que lo ha dejado, con cinta americana en la boca y con las manos y los pies apresados por bridas.

—Esto estaba lleno de ratas, ¿te acuerdas? —Strummer se ríe y deja escapar un silbido por su boca mellada. ¿Recordará el padre Boyle ese pitido que suelta al reír?—. ¿No te daba asco bajar? No, a ti no, no te importaba una mierda, sabías que aquí tenías lo que querías… O lo que quería Dios. Eso decías, que Él me había encomendado esa misión. Ahora no veo ratas por aquí, ¿las habéis exterminado? No pasa nada. He traído las mías. ¿Las quieres ver?

La pequeña jaula que ha traído está rodeada por una malla de alambre para que no puedan escapar. Son minúsculas, blancas, en apariencia inofensivas. Pero, al retirar la tela negra que cubre la jaula y al notar la luz, han empezado a aullar como si fueran lobos.

—Dicen que se las oye a cien metros. Yo creo que exageran. Y aquí no las va a oír nadie. Eso tú lo sabes bien, daba igual lo que yo gritara, nadie se enteraba.

La mirada del padre Boyle aterriza en los animalillos que le acerca Strummer. Lleva jubilado casi diez años y se le ha nublado la vista, pero cree que nunca ha visto unos ratones iguales. Le cuesta centrar su pensamiento, su cerebro funciona como una máquina obsoleta, no sabe por qué tarda tanto en preguntarse quién es ese hombre bajito y fibroso, con esa risa extraña. ¿Qué está haciendo en el sótano? Hacía años que no bajaba aquí.

—Los llaman ratones saltamontes y vienen de Estados Unidos, del desierto de Sonora —explica Strummer—. No te creas que ha sido fácil traerlos a Irlanda. Pero si meten cargamentos con toneladas de cocaína, cómo no se van a poder colar unos ratoncillos. Encargué sesenta, cinco docenas, muchos se me han muerto, solo me quedan treinta. Si cierras los ojos y escuchas, parecen lobos. Es curioso, ¿no? Pero eso no es lo mejor, lo que me hizo pensar en ellos para ti es que son carnívoros. No es que tengan una mandíbula muy fuerte, pero son unos hijos de puta… —Strummer se ríe de nuevo mientras le quita de un tirón la cinta de la boca—. Los probé con un perro. Tendrías que ver lo que le hicieron…

—¿Quién eres? —dice el padre Boyle tan pronto puede hablar.

Strummer esboza una mueca de payaso triste. Realmente le decepciona que el padre no lo recuerde. Arrastra una vieja silla para sentarse frente a él.

—¿Tanto he cambiado? ¿O es que ya se te ha hecho puré la cabeza?

El padre Boyle recorre con su mirada acuosa al hombre que tiene delante: luce un par de cicatrices en el rostro, seguramente resultado de alguna pelea reciente. El pelo con abundantes rizos desordenados. Los ojos llenos de rabia, aunque su boca intente dibujar una sonrisa. Está mellado. Le faltan las palas superiores.

—Trevor Strummer. —Su voz sale ronca. Sabe por qué está ahí y suplica—: Perdóname.

Pero no es la hora del perdón, es la hora de la venganza. Con la mano enfundada en un guante de cuero grueso, Trevor Strummer saca uno de los ratones, que enseña sus dientes con avidez.

—Hay que tener cuidado con estos bichos, sus mordiscos duelen… Abre la boca.

—No me hagas eso, por favor… Ten piedad…

—Abre la boca o te la abro yo. ¡Ábrela!

El padre Boyle obedece, los ojos se le han llenado de lágrimas. Strummer le mete el ratón dentro de la boca y vuelve a cubrirla con la cinta americana.

—¿Te hace cosquillas con su naricita?

El padre se agita, no son cosquillas, es dolor… El ratón le muerde la lengua, los carrillos por dentro… El cura ha decidido reaccionar y defenderse, ha mordido al roedor, sus dientes han hecho crujir los huesos del animal.

Strummer le quita la cinta de un tirón, los dientes del padre Boyle están teñidos de rojo, hay pedazos de la carne del ratón entre ellos. Escupe una amalgama de saliva, carne, pelo y vísceras. Le mete tres, cuatro, cinco ratoncillos y vuelve a amordazarlo.

De pronto, el carrillo izquierdo del cura se abulta y se tensa como un globo a punto de estallar. Por allí asoma de pronto uno de los ratones embadurnado de sangre, pero el agujero que ha hecho no es suficiente para salir.

Strummer saca más ratones. De nuevo retira la mordaza y embute uno tras otro en la boca del cura, seis, ocho, diez. Boyle patalea, pero las bridas le impiden moverse. Su expresión va más allá del espanto. Esta vez la carnicería es inmediata. La sangre escapa del cuerpo del cura por todos sus orificios, por la boca, por la nariz, por las orejas. Los ratones se están dando un festín, se abren camino en el interior de su presa, horadan túneles en la boca, en la garganta, en busca de una salida. La piel del sacerdote se amorata, los ojos se le salen de las órbitas, el corazón se le para.

Del cuerpo sin vida salen unos aullidos espantosos que ani-

man a los ratones todavía enjaulados. También ellos aúllan, quizá excitados por el olor de la sangre, y saltan como endemoniados, deseando entrar en acción. Strummer mira por última vez al padre Boyle, desmadejado sobre un charco de sangre y heces en el suelo, las paredes húmedas del sótano que tanto pavor le infundían. Ha saldado una deuda con el niño asustado que fue.

El miedo ya no tiene cabida dentro de Strummer.

Ahora, el miedo es él.